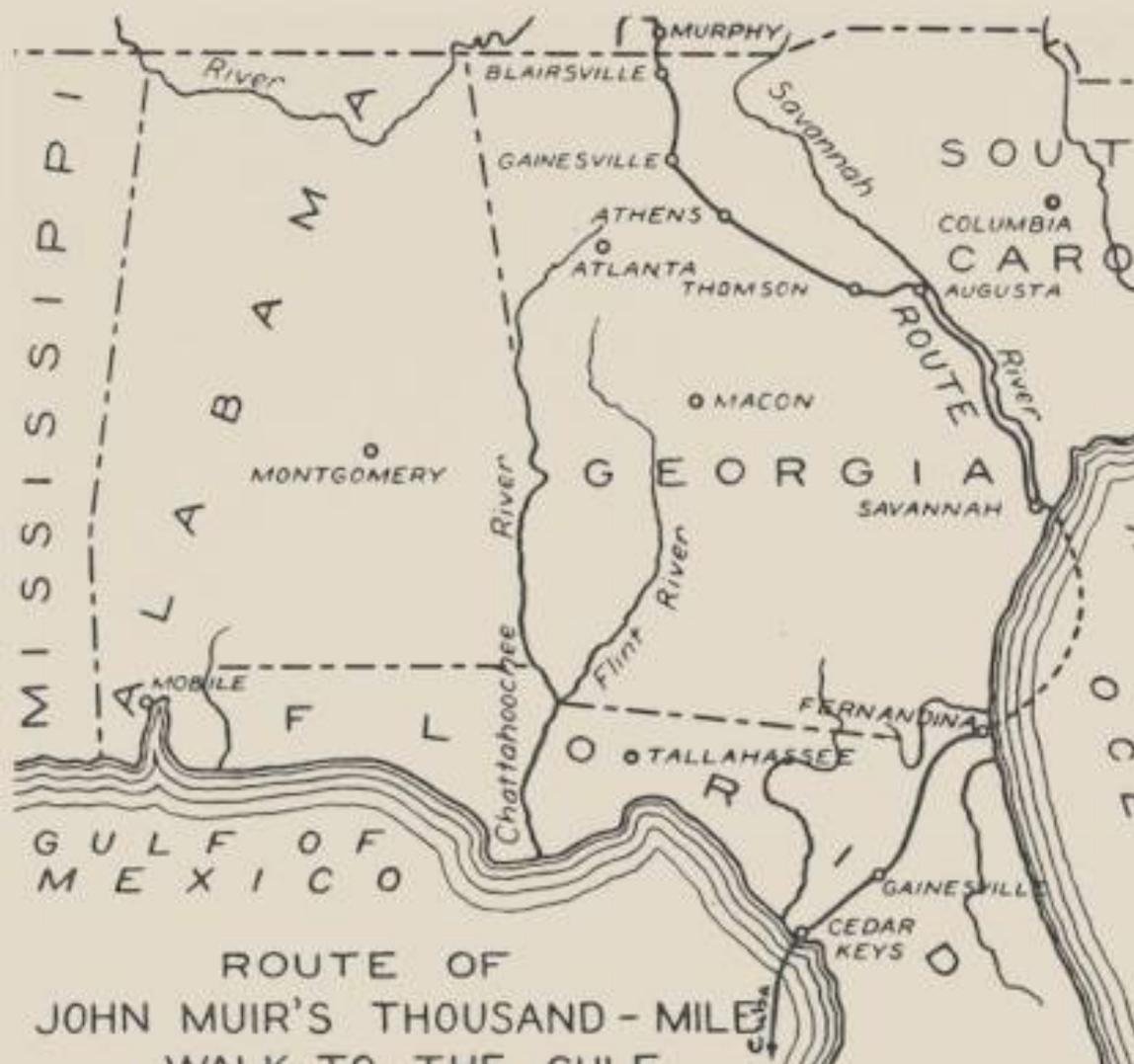




John Muir

*Mil millas a pie
hasta el golfo*



MIL MILLAS A PIE HASTA EL GOLFO

JOHN MUIR

traducción de

VÍCTOR OLAYA

Mil millas a pie hasta el golfo.

John Muir

Titulo original: *A Thousand-Mile Walk to the Gulf*, de John Muir.

Publicado originalmente en junio de 1916 por The Riverside Press, Cambridge.

Traducción de Víctor Olaya.

Imagen de cubierta: mapa de la ruta seguida por John Muir hasta el golfo de México.

Copyright © John Muir, 1916

Copyright © de la traducción, Víctor Olaya, 2017

Prólogo

«John Muir, planeta Tierra, Universo». Estas son las palabras escritas en la cara interior de la cubierta del cuaderno del que proviene el contenido de este libro. Reflejan el espíritu con el que el autor y explorador acometió, hace medio siglo, su viaje de mil millas a pie hasta el golfo de México. De igual manera, esta dirección refrescante y cosmopolita, que habría sorprendido a quien encontrara ese cuaderno, revela el temperamento y la amplitud del espíritu de Muir. Nunca fue ni pudo haber sido un estudiante doctrinal. Incluso a la temprana edad de veintinueve años, su interés sincero por todos los aspectos del mundo natural le habían convertido en un ciudadano del universo.

Aunque esta fue, con diferencia, la excursión botánica más larga de todas las que John Muir hizo en su juventud, no fue en absoluto la única. Había estado estudiando y recolectando plantas alrededor de los Grandes Lagos, en Ontario, y en algunos lugares de Wisconsin, Indiana y Illinois. Durante estas expediciones, se había entrenado para soportar condiciones difíciles, como queda reflejado en sus cuadernos, donde anota que a menudo pasaba hambre y dormía en el bosque o en las praderas abiertas, sin más abrigo que la ropa que llevaba puesta.

«Con frecuencia», escribe en algunas de sus notas autobiográficas inéditas, «tenía que dormir sin mantas, y también sin cena y sin desayuno. Pero normalmente no me costaba encontrar una rebanada de pan en los claros desperdigados donde se instalan los granjeros. Con una de estas grandes rebanadas del bosque, podía recorrer muchas millas de

naturaleza salvaje, libre cual los vientos a través de la gloriosa floresta y las zonas pantanosas, recogiendo plantas y nutriéndome del pan celestial de la belleza, abundante e inagotable. Solamente una vez, en mis largos deambulares por Canadá, se quebró de forma violenta la paz profunda de la naturaleza. Sucedió en los bosques de arces, a medianoche, cuando tenía frío y el fuego estaba débil. Me despertaron los aullidos lúgubres de los lobos y me levanté con prisa para alimentar el fuego.»

No era, pues, una nueva clase de aventura aquella en la que John Muir se embarcó cuando comenzó este periplo a pie por el sur. Era solo una nueva forma de responder al atractivo con el que le llamaban esos estudios que tanto apreciaba, y en los que ya se había ocupado a lo largo de incontables millas de bosques vírgenes y praderas allá en el oeste. De hecho, de no ser por el accidente en su ojo derecho en marzo de 1867, probablemente hubiese empezando antes de lo que lo hizo. En una carta escrita a unos amigos de Indianapolis el día después del accidente, menciona con tristeza la interrupción del plan largamente anhelado. «Durante semanas», escribe, «he consultado mapas para localizar una ruta a través de los estados del sur, las Indias Occidentales, Sudamérica y Europa, en un viaje botánico soñado durante años. Mi mente brillaba con las visiones gloriosas de la flora tropical, pero, hete aquí, ahora estoy medio ciego. Mi ojo derecho, entrenado para el análisis minucioso, se ha perdido, y apenas tengo valor para abrir el otro. Si hubiera podido llevar a cabo este viaje, la cantidad de bellezas diversas que habría recogido me habrían empujado a recluirme en cualquier rincón del mundo, por muy remoto y oscuro que fuese».

La herida de su ojo resultó ser menos grave de lo que en principio se creía. En junio, le escribía a un amigo: «He estado leyendo y herborizando algunas semanas, y me pare-

ce que para este trabajo no tengo mucha discapacidad. Abandono esta ciudad [Indianapolis] para volver mañana a casa, en compañía de Merrill Moores, un joven amigo mío. Iremos a Decatur, Illinois, y después hacia el norte a través de las amplias praderas, recogiendo plantas durante algunas semanas por el camino. Espero ir hacia el sur a finales del verano, y puesto que este es un viaje del que conozco muy poco, espero poder contar con su consejo antes de partir».

En el recuento escrito después de la excursión, dice: «Estaba deseoso de ver las pradera de Illinois en mi camino a casa, así que fuimos a Decatur, cerca del centro del estado, y desde allí en dirección Norte [hasta Portage], pasando por Rockford y Janesville. Pasé una semana recogiendo y estudiando las plantas que hay en la pradera a unas siete millas al suroeste del río Pecatonica. Todas las plantas son ahora para mí más preciadas que antes. Mi pobre ojo no mejora ni empeora. Hay una nube delante de él, pero cuando contemplo los paisajes más amplios, no siempre noto su presencia».

A final de agosto, Muir estaba de vuelta en Indianapolis. Le pareció conveniente pasar una «semana botánica» junto a sus compañeros de universidad en Madison. Su interés por las plantas era tan intenso en esa época que incluso aprovechaba una parada de cinco horas en Chicago para ir a buscarlas. «No encontré muchas plantas en sus calles tumultuosas», se queja, «solo unos pocas brotes herbáceos de trigo y dos o tres especies de malas hierbas (amaranto, verdolaga, anisillo, etc.). Las hierbas, supongo, para pasear sobre ellas, y el trigo para alimentarse. También vi algunas algas verdes, pero ningún musgo. Esperaba haber encontrado de estos últimos en las paredes húmedas o en las grietas de la calzada. Pero supongo que el humo de las fábricas y el horrible ruido son demasiado incluso para los

más resistentes de ellos. Ojalá hubiera sabido a dónde iba. Condenado a ser llevado por el Espíritu al desierto, supongo. Me gustaría que mis deseos fueran más moderados, pero no me es posible, y por ello no encuentro descanso».

La carta mencionada sobre estas líneas se escribió tan solo días antes de que comenzara su larga caminata hacia Florida. Si bien las últimas frases reflejan aún indecisión, también dejan entrever el impulso irrefrenable bajo el que actuaba. Las primeras frases de su diario, tachadas después, dan muestra de esa compulsión interior que sentía. «Pocos cuerpos», escribió, «llevan dentro un alma tan satisfecha que les permite escapar de la presión extraordinaria que ejerce toda una vida». Tras describir algunos ejemplos de la periodicidad de la naturaleza, de los reflujos y las mareas, y de la pulsión de otras fuerzas, visibles e invisibles, observa que «no solo hay mareas en los asuntos de los hombres, sino en la verdad primera de la vida misma. En algunas personas, el impulso, al ser débil, se obedece o se supera con facilidad. Pero en otras es constante y va acumulándose hasta que su fuerza es suficiente como para doblegar todos los impedimentos y lograr que se cumplan todas sus demandas. Durante muchos años me he visto incitado a ir al sur, a los jardines tropicales del Señor. Numerosas influencias han tratado de mitigar o enterrar este deseo incesante, pero ha sobrevivido a todas ellas y las ha superado».

El amor de Muir por la naturaleza era una parte tan importante de su religión, que elegía citas bíblicas cuando buscaba una forma de expresar sus sentimientos. Ningún profeta de antaño ejercía su vocación con más seriedad, ni se aplicaba en su ministerio con mayor fervor. Durante los largos días de su confinamiento en una habitación oscura, tuvo la ocasión de reflexionar en abundancia. Llegó a la conclusión de que la vida era demasiado breve e incierta, y el tiempo demasiado precioso como para gastarlo entre correas y sie-

rras; que mientras él hacía sus trabajos manuales en una fábrica, Dios estaba creando el mundo. Decidió que, si salvaba la vista, dedicaría el resto de su vida a estudiar este proceso. Así pues, el rumbo que ya habían tomado sus costumbres y sus estudios se combinó con los pensamientos clarificadores que había tenido a partir de una de las experiencias más amargas de su vida, y ello le condujo al largo viaje que se recoge en estas páginas.

Algunas notas autobiográficas que se encontraron entre sus papeles proporcionan detalles adicionales interesantes acerca del periodo que va desde que salió de la oscuridad de la habitación hasta que partió hacia el sur. «En cuanto salí a la luz del día», dice, «comencé otra larga excursión, apresurándome de corazón a llenar mi cabeza con toda la hermosura del Señor, y estar así preparado para cualquier destino, ya fuera luminoso u oscuro. Y es en este momento que se puede decir que comenzaron mis largos y continuos deambulares. Dije adiós a mis creaciones mecánicas, decidido a dedicar el resto de mi vida a estudiar en su lugar las creaciones de Dios. Primero fui a casa, a Wisconsin, recogiendo plantas por el camino, para despedirme de mi padre y mi madre, mis hermanos y hermanas, que vivían aún todos ellos cerca de Portage. Visité también a los vecinos que había conocido de niño, renové mi amistad con ellos después de varios años de ausencia, y me despedí de cada uno formalmente. Cuando me preguntaron a dónde iba les dije: «¡Oh, no lo sé, a cualquier lugar salvaje, hacia el sur! He visto ya algunas muestras gloriosas de la naturaleza de Wisconsin, Iowa, Michigan, Indiana y Canadá; ahora voy a ir hacia el sur y ver algo de la vegetación del extremo cálido del país, y si es posible entrar y avanzar lo suficiente por Sudamérica para ver la vegetación tropical en toda su gloria de palmeras».

Los vecinos me desearon buena suerte, me aconsejaron tener cuidado con mi salud, y me recordaron que las ciénagas del sur están llenas de malaria. Me detuve a pasar la noche en casa de una anciana escocesa que había sido amiga mía desde mucho tiempo atrás, y que ahora me daba consejos y buenos deseos de una manera especialmente maternal. Le conté que, mientras caminaba por la carretera, justo al atardecer, había oído un gorrión melódico cantando «¡Se ha terminado el día! ¡Se ha terminado el día!». «John, querido», me contestó ella, «tu día nunca se acabará. La clase de estudios que a ti tanto te gustan nunca se acaban, pero a los mortales se nos acaba la fuerza del cuerpo y del espíritu en todo lo que emprendemos. Seguro que llegarás lejos, pero quiero que recuerdes el destino que tuvo Hugh Miller». Ella era uno de los ejemplos más hermosos de cómo son las mujeres escocesas, generosas y de gran corazón.»

El adiós formal a su familia y sus vecinos hace ver su convencimiento de que iba a estar lejos de su hogar y de sus amigos durante un largo periodo de tiempo. El domingo 1 de septiembre de 1867, John Muir se despidió también de sus amigos de Indianapolis y fue en tren hasta Jeffersonville, donde pasó la noche. A la mañana siguiente, cruzó el río, atravesó a pie Louisville, y enfiló rumbo al sur a través del estado de Kentucky. Una carta que escribió una semana más tarde «por las colinas de Beer Creek, a siete millas al sureste de Burkesville, Kentucky», muestra que recorría unas veinticinco millas al día. «He caminado desde Louisville», escribía, «una distancia de ciento setenta y cinco millas, y tengo los pies doloridos. Ah, pero la recompensa es mil veces mayor que el sufrimiento. Estoy en el bosque, arriba de una colina, con la espalda apoyada en un tronco cubierto de musgo. Ojalá hubieras visto mi dormitorio de anoche. El sol lleva ya más de una hora entre las copas de los árboles, casi todo el rocío ha desaparecido, y las som-

bras por las vaguadas se arrastran en retirada hacia los territorios inexpugnables de los bosques ancianos y grandiosos.

He disfrutado enormemente los árboles y el paisaje de Kentucky. ¿Cómo podría contar las millas y millas de una belleza que venía a mi encuentro en tal cantidad? Estas hileras de colinas redondeadas y bulbosas, estos valles escondidos de verdor insondable, y estos árboles señoriales con la cariñosa luz del sol cayendo en sus hojas, sobre los perfiles de las masas umbrosas engastadas en sus amplias ramas; todo esto está grabado ya en mi memoria y me acompañará por siempre.

Me encontraba algunas millas al sur de Louisville cuando planifiqué mi viaje. Extendí mi mapa bajo un árbol y me decidí a ir a través de Kentucky, Tennessee y Georgia hasta Florida, desde allí a Cuba, y desde allí a algún lugar de Sudamérica. Al final no será más que un paseo breve, pero estoy agradecido por ello de todas formas. Mi ruta pasará por Kingston y Madisonville, en Tennessee, y cruzará Blairsville y Gainesville, en Georgia. Por favor, escíbeme a Gainesville. Tengo un tremendo deseo de recibir cartas. Apenas me atrevo a pensar en mi hogar y mis amigos».

Al trabajar en la edición de este diario, he intentado, mediante el uso de toda la documentación disponible, trazar la ruta de John Muir con la mayor precisión posible sobre mapas de los años sesenta, así como sobre los mapas estatales y topográficos más recientes. El mapa que él utilizó no se ha encontrado, y es probable que ya no exista. Solo se mencionan veintidós pueblos y ciudades en su diario. Se trata de un número muy reducido si consideramos la distancia recorrida. Es evidente que estaba tan absorbido por el mundo vegetal de las regiones que atravesaba, que no

prestaba atención a los pueblos, o incluso los evitaba si le era posible.

La enfermedad que sufrió en Florida era probablemente de tipo palúdico, aunque la describe de una manera distinta. Fue, sin duda, un serio contratiempo que puso a prueba su estado físico. Pero también fue, en cierta forma, una bendición, puesto que evitó que llevara a cabo su plan descabellado de entrar en las junglas del trópico a través de los Andes hasta un afluente del Amazonas, y desde allí navegar aguas abajo en una balsa hasta el Atlántico. Tal y como los lectores del diario podrán notar, se aferró a sus intenciones incluso durante el tiempo de su convalecencia en Cedar Keys y en Cuba. En una carta fechada el 8 de noviembre, se describe a sí mismo como «apenas capaz de recoger plantas y recuperar energías poco a poco después de mi fiebre». Luego le pide al destinatario que le envíe sus cartas a Nueva Orleans, en Louisiana. «Tengo que ir hasta allá», escribe, «para tomar un barco hacia Sudamérica. No sé todavía a qué punto de Sudamérica debería ir». Su esperanza de encontrar allí un barco para Sudamérica da una explicación a una carta que de otro modo resultaría difícil de entender, en la que le pedía a su hermano David enviarle una cierta cantidad de dinero a Nueva Orleans a través de un giro de American Express. En realidad, no llegó a ir a Nueva Orleans, bien porque descubrió que no había ningún barco que partiera hacia el sur desde la desembocadura del Mississippi, o bien porque la aparición inesperada del *Island Belle* en el puerto de Cedar Keys le hizo cambiar de planes.

Años más tarde, el propio John Muir ponía en entredicho la pertinencia de sus planes de ir a Sudamérica, como puede verse en el capítulo que trata de su estancia en Cuba. Las opiniones que aparecen allí expresadas fueron anotadas a lápiz en su cuaderno durante una relectura mucho tiempo

después. En cualquier caso, los Andes y los bosques sudamericanos siguieron fascinándole, como muestran sus cartas, durante muchos años después de venir a California. Cuando al fin, en 1911, cuarenta y cuatro años después del primer intento, su viaje largamente ansiado pudo llevarse a cabo, Muir hablaba de él como de la realización de aquellos sueños de juventud que le llevaron a emprender su camino de mil millas hasta el golfo.

John Muir siempre recordó con gratitud a los amigos de Florida que le cuidaron durante su larga y difícil convalecencia. En 1898, mientras recorría el sur inspeccionando los bosques con su amigo Charles Sprague Sargent, tuvo la ocasión de volver a visitar los escenarios de sus antiguas aventuras. Resulta de interés citar algunos pasajes de las cartas que en ese momento envió a su esposa y a su hermana Sarah. «He bajado por la costa este de la península de Florida, a lo largo de Indian River», escribe, «a través de los pinares y palmerales hasta llegar a Miami, y desde allí a Key West y los cayos más al sur que se extienden hacia Cuba. De regreso, pasé a la costa oeste por Palatka, hasta Cedar Keys, por la vieja ruta que hice hace treinta y un años, buscando a los Hodgson, quienes me cuidaron durante mi ataque de fiebre. El señor Hodgson murió hace mucho tiempo, y también su hijo mayor, con quien solía ir en barca por los cayos mientras me recuperaba lentamente».

Cuenta después cómo encontró a la señora Hodgson y al resto de la familia en Archer. Pensaban que habría muerto hace tiempo, y como es lógico, se sorprendieron de verle. La señora Hodgson estaba en el jardín y le reconoció a pesar de cómo había cambiado su aspecto con los años. Dejemos que sea él quien nos relate este encuentro: «Le pregunté si me conocía. «No», dijo ella, «dígame su nombre». «Muir», le respondí. «¿John Muir? ¿Mi John Muir de California», dijo ella casi gritando. «Sí, John Muir, y usted sabe

que prometí volver a visitarla en unos veinticinco años, y aunque llego un poco tarde —seis o siete años—, he hecho todo lo que he podido». El hijo y la hija mayores recordaban las historias que les conté, y cuando leyeron acerca del glaciar Muir, estuvieron seguros que había sido nombrado así por mí. Estuve unas cuatro horas en Archer, y es fácil imaginar la manera en la que estuvimos hablando de los viejos tiempos». En ese mismo, viaje, desde Savannah, escribió: «Aquí es donde pasé una semana hambriento, agotado, y sin embargo feliz, acampando en el cementerio de Bonaventure hace treinta y un años. Según dicen, son muchos los cambios que han sucedido en sus tumbas y caminos, como también lo son los de mi vida».

Al leer este diario, el lector echará en falta el acabado literario que John Muir solía dar a sus últimos escritos. No hay, sin embargo, que culpar al autor por ello. Este no es solo un trabajo temprano, sino también uno hecho a base de impresiones y observaciones escritas con prisa en las pausas de su larga marcha. Si bien el recuento de esta, tal como se presenta, adolece de una falta de adorno y acabado, también es cierto que posee la inmediatez y la frescura de las primeras impresiones.

He usado tres fuentes para preparar este volumen: 1) El diario original, cuya primera mitad contenía abundantes ampliaciones y modificaciones escritas entre líneas, así como una número considerable de bocetos de plantas, árboles, paisajes y aventuras notables. 2) Una copia del diario escrita a máquina, con espacios amplios, aparentemente dictada en gran medida a un estenógrafo; se encuentra revisada solo someramente, y al compararla con el diario original se observan omisiones y adiciones importantes. 3) Dos trabajos independientes sobre sus experiencias en Savannah, donde estuvo acampado durante una semana en el cementerio de Bonaventure. A lo largo de mi trabajo con

los materiales primarios y secundarios, me ha impresionado la fidelidad escrupulosa con la que el autor se ajustaba a los hechos e impresiones recogidas en el diario original.

No es necesario indicarles a los lectores de John Muir que este libro, en lo que atañe a la biografía, enlaza el periodo comprendido entre *Recuerdos de infancia y juventud* y *Primer verano en la Sierra*. Sin embargo, faltaba un tramo de este periodo, puesto que el diario concluye con la llegada de Muir a San Francisco alrededor del 1 de abril de 1968, mientras que su primer verano en la Sierra fue el de 1869. Tomando de una carta un extracto en el que narra su primera visita a Yosemite, e incluyendo la descripción de Twenty Hill Hollow, donde pasó una buena parte de su primer año en California, se cierra todo este periodo. El último capítulo se publicó por primera vez en forma de artículo en el *Overland Monthly* de julio de 1872. Una copia revisada de este artículo, encontrada en los papeles póstumos de John Muir, ha servido de base para el capítulo sobre Twenty Hill Hollow tal y como aparece en este volumen.

Los bosques y cuevas de Kentucky

Hacía mucho tiempo que miraba desde los bosques y jardines del norte a los del templado sur, y por fin, superando todos los impedimentos, me pongo en marcha [desde Indianapolis] el primer día de septiembre de 1867, libre y feliz, a recorrer mil millas a pie hasta el golfo de México [El viaje a Jeffersonville, sobre la ribera del Ohio, se hizo en tren]. Crucé el Ohio en Louisville y me orienté a través de la ciudad con la brújula sin cruzar ni una sola palabra con nadie. Fuera de la ciudad, encontré una carretera que iba hacia el sur, y después de pasar algunas cabañas y casas desperdigadas, llegué a los bosques verdes y saqué mi mapa de bolsillo para planificar a grandes rasgos mi viaje.

Mi plan era, sencillamente, ir en dirección sur por el camino más frondoso, salvaje y menos transitado que pudiera encontrar, para así atravesar la mayor extensión de bosque virgen. Doblé mi mapa, me eché mi pequeño morral y mi prensa para plantas al hombro, y dejé atrás los viejos robles de Kentucky, mientras gozaba la vista espléndida de una colección gloriosa de pinos, palmeras y flores tropicales, no sin sentir alguna sombra fría de soledad a pesar de que los robles parecían abrir sus brazos para darme la bienvenida.

He visto robles de muchas especies en muchas clases de orientaciones y suelos, pero los de Kentucky sobresalen con su grandeza por encima del resto. Son amplios y densos y de un verde brillante. En los espacios y cuevas que hay bajo sus largas ramas habitan unas sombras magníficas,